

imposible obligarlos a dar una batalla frontal que decidiera en su contra el destino militar de la lucha. Un elemento, menos perceptible que la astucia y la valentía individuales, el cual pasa inadvertido incluso para la memoria de los guerreros, es develado por Pineda. Elemento imprescindible en la conducción del combate, de cualquier combate: ley de la guerra, descifrar los códigos de los enemigos y adivinar sus pasos futuros con la observación de sus actos, era tan importante como la energía desplegada por los soldados y la buena distri-

bución de los elementos de guerra. Instinto e inteligencia, la capacidad del táctico y del estratega se muestra en sus movimientos ofensivos y defensivos, pero también en saber acechar los secretos del enemigo. Decisiones del momento, arriesgadas y al mismo tiempo calculadas. Las traducciones de los signos no quedaron en la memoria más que por sus efectos reales: la derrota y la victoria.

Finalmente, con pudor, en algún lugar de la sierra de Puebla, entre el 25 y el 28 de noviembre de 1911, Zapata y sus hombres elabo-

ran el Plan de Ayala. A partir de entonces, pero sobre todo después de la caída de Madero en 1913, la guerra de los zapatistas tuvo un propósito propio claramente definido. Mucha violencia debía sentirse todavía en la geografía campesina. Pero ya sería irreversible su logro político. Con el Plan de Ayala, tal vez nació el siglo XX. Y hoy, sin duda, aún requerimos explicaciones. Este libro, *La irrupción zapatista* de Francisco Pineda, es una de las mejores que brinda nuestra generación a ese hecho fundacional.

Agrarismo y contrarrevolución en Veracruz

Anna Ribera

Antonio Santoyo, *La mano negra. Poder regional y estado en México (Veracruz, 1928-1943)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Regiones), 1995, 186 pp.

A lo largo de los años veinte, diversos ensayos de política agrarista tuvieron lugar en algunos estados de la república mexicana, impulsados por gobernadores que confiaban en la viabilidad de las formas de tenencia colectiva de la tierra y creían en la necesidad de fraccionar los grandes latifundios. Estos gobernadores trabajaron para crear las bases sociales que apoyarían la realización de sus proyectos. Uno de los escenarios de estas políticas fue el estado de Veracruz, donde el gobernador Adalberto Tejeda se había puesto a la cabeza de una profunda revolución en el campo. Las desorganizadas luchas agrarias entre 1914 y 1920 dieron origen a las po-

líticas de dotación y restitución durante su primer gobierno de 1920 a 1924, pero no fue sino hasta los años del maximato, los más difíciles para el agrarismo revolucionario, cuando la estructura de la propiedad fue más ampliamente modificada por el movimiento campesino veracruzano vinculado a Tejeda.

Esta transformación agraria y una manera sumamente independiente de ejercer el poder generaron descontento entre los grupos afectados, así como entre los sectores que instrumentaban acciones de centralización política en el ámbito nacional. Es sobre esta problemática que trata *La mano negra. Poder regional y estado en México (Veracruz, 1928-1943)*, libro de Antonio Santoyo que, partiendo del estudio del municipio de Naolinco y más precisamente de la hacienda de Almolonga, analiza la acción agrarista veracruzana que enca-

beza el gobernador Tejeda, su enfrentamiento con los grupos anti-agraristas—como el organizado por Manuel Parra, conocido en Almolonga como “la Mano Negra”—y su dificultosa relación con los grandes proyectos de centralización e institucionalización política.

A pesar de que la política dominante estigmatizó el agrarismo y a sus representantes de gran parte del país a partir de 1929, en algunos estados los líderes revolucionarios animaron y fortalecieron los programas de reforma en el campo. Tal fue el caso de Lázaro Cárdenas en Michoacán y el de Adalberto Tejeda en Veracruz. Este último afianzó sus relaciones con el movimiento agrarista veracruzano tras el asesinato de Obregón, cuando las guerrillas campesinas funcionaron como apoyos efectivos y leales al régimen constitucional en su enfrentamiento con la rebelión escobarista.

Estas guerrillas sirvieron como sustento del programa revolucionario de Tejeda al apoyar los esfuerzos de la Comisión Local Agraria por reformar la estructura de la propiedad; fungieron como muros de contención a las guardias blancas y presionaron a los latifundistas para que aceptaran las resoluciones de restitución o dotación de tierras. En esta "época dorada" del agrarismo veracruzano (1929-1932) la alianza tejedista-campesina se fue adueñando de la estructura política del estado. Sin embargo, los grupos que vieron afectados sus intereses por estas políticas no se quedaron ociosos. Con rapidez y echando mano de formas de organización y represión usadas en años anteriores, dichos grupos se dispusieron a defenderse y a contraatacar.

Antonio Santoyo se adentra en los mecanismos y recursos que Manuel Parra empleó desde su hacienda de Almolonga para destruir las formas de organización agraria, para impedir su formación y para amedrentar a quienes se empeñaban en transformar el estado de cosas. El autor se interesa particularmente por la forma en que los grupos "contrarrevolucionarios" se fortalecieron aprovechando las pugnas entre los distintos sectores del PNR. Esto lo conseguían aliándose o apoyando a los grupos que, en aras de una centralización política y de una revolución controlada "desde arriba", se oponían a las experiencias regionales y se empeñaban en mantener su autonomía.

Como expresa una de las principales aportaciones interpretativas de Antonio Santoyo, el éxito del parrrismo sobre el proyecto social tejedista es:

una amplia demostración de la victoria de los miembros de la familia revolucionaria enemigos de la autogestión popular sobre el

proyecto tejedista de recuperar ésta como elemento esencial de la Revolución mexicana.

Y es que Manuel Parra supo establecer relación con quienes tenían la influencia suficiente para hacer valer sus intereses, como Pablo Quiroga, oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, subsecretario de la misma durante el gobierno de Abelardo Rodríguez y secretario de la Defensa Nacional en el primer gabinete de Lázaro Cárdenas. Fue justamente por la intermediación de Quiroga como consiguió Parra que se estableciera un destacamento militar en su hacienda y la impunidad para que "la Mano Negra" realizara actos de coerción armada sobre los ejidatarios y obreros de la zona controlada por él, así como actos de terrorismo en contra de líderes y comunidades agrarias con los muchos hombres armados que estaban a su servicio. Además, estableció relaciones clientelares y sistemas de cuotas con los otros propietarios de la región a cambio de protección.

En todo este proceso tuvo un papel importante la crisis de 1929, cuyos efectos fueron muy severos en Veracruz. Frente a la disminución de la demanda del azúcar, Adalberto Tejeda intentó impedir el colapso de la industria azucarera por medio de cuotas para regular el precio del producto así como su distribución y comercialización, con lo que logró estabilizar la situación en el estado durante un corto plazo. La situación empeoraba con la cada vez más moderada política agraria del presidente Calles, cuya opinión al respecto se sintetizaba en el diario *El Nacional*, el cual afirmaba que:

la gran sinceridad revolucionaria con que se han repartido las tierras, autoriza a una limitación en el grado de cumplimiento de aquel deber nacional; limi-

tación que a su vez fomentará el espíritu de trabajo en las grandes zonas de propiedad que no han sido afectadas, ni tiene objeto afectar en lo sucesivo.

Aprovechando estas circunstancias, los hacendados se lanzaron a organizar una Convención Nacional de Agricultores en enero de 1930, así como a suspender las leyes agrarias.

Por otra parte, en febrero del mismo año se inauguró en la ciudad de México la V Asamblea Ordinaria de la Liga Nacional Campesina, cuya mesa directiva estuvo controlada por los veracruzanos que encabezaba Úrsulo Galván, quien actuaba como presidente de la misma. Esta asamblea pronto quedó dividida en tres grupos diferentes: uno mayoritario, que permaneció fiel a Galván, otro afiliado al Partido Comunista y un tercer grupo controlado por el PNR.

En torno a figuras como Lázaro Cárdenas, Emilio Portes Gil, Saturnino Cedillo y Graciano Sánchez, integrantes del ala agrarista de la élite revolucionaria, se creó un grupo de tónica moderada convencido de la institucionalidad, el cual procuró contrarrestar la insurgencia agraria gestada desde la crisis de 1929 y trató de vincularla a los medios institucionales de la maquinaria partidista y estatal. Para su proyecto de sociedad y estado, dice Santoyo,

era peligrosa la existencia de organizaciones fuertes y autónomas como las tejedistas, que si bien eran también agraristas, no se mostraban dispuestas a claudicar en sus principios radicales en aras de la institucionalidad, como la que encarnaban el PNR y el cardenismo en ascenso.

Las tensiones entre quienes defendían proyectos apoyados en la

espontánea movilización popular y quienes preferían una acción agraria orquestada en forma institucional se hicieron cada vez mayores. En el Congreso organizado por la Liga Nacional Campesina (LNC) en Puebla, en febrero de 1931, se dio la escisión definitiva de estos grupos: la Liga “genuina o tejedista” y la que empezó a girar en torno a Lázaro Cárdenas. Esta segunda, que adoptó el nombre de Liga Nacional Campesina “Úrsulo Galván” a la muerte del dirigente, se declaró en 1933 como la única Liga auténtica representante del campesinado; creó la Confederación Campesina Mexicana con el patrocinio de Portes Gil, Marte R. Gómez y Saturnino Cedillo, apoyó la candidatura de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la república y dio al Plan Sexenal su tinte agrarista.

Todo esto influyó en la decadencia del movimiento tejedista. Las autoridades federales desarmaron a los campesinos veracruzanos mientras dejaban intactas las milicias campesinas de otros estados, como San Luis Potosí, Zacatecas, Guanajuato, México y Michoacán.

Para los sectores de “revolucionarios” partidarios de actuar dentro de las instituciones y reglas establecidas [...] se había convertido en urgente necesidad el aniquilamiento del radicalismo agrario postulado por el movimiento social que encabezaba Adalberto Tejeda.

Esta hegemonía del movimiento campesino en Veracruz era consecuencia de las acciones del gobierno federal en su contra, así como de la salida de Adalberto Tejeda de la gubernatura a finales de 1932. El vacío de poder y el desorden político que siguieron entonces permitieron que las posiciones conservadoras se fortalecieran, resurgiera el terrorismo antiagrarista y se aban-

donara casi por completo la reforma agraria en el estado. Manuel Parra, quien se había mantenido en pie de lucha durante el apogeo del agrarismo tejedista, ganó un poder incuestionable a partir de 1933. Empezó

a tratar en la hacienda, casi todos los días, asuntos de diversa índole con oficiales del ejército federal, autoridades del Poder Judicial, presidentes municipales de la región —impuestos y manejados por él—, diputados y senadores, así como fuertes comerciantes e industriales del estado.

Fue entonces, con la coerción armada ejercida por los esbirros de Parra sobre obreros y ejidatarios, que la opresión y el miedo dieron el nombre de “la Mano Negra” a su organización.

Manuel Parra apoyó la candidatura de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la república al vislumbrar que el ascenso de las políticas institucionalizadoras del cardenismo representarían el aplastamiento definitivo de la autogestión campesina veracruzana. Santoyo sostiene que:

con los resultados bien conocidos de la derrota tejedista, a la que tanto había contribuido el cardenismo, se abrió un periodo de Jauja para los terratenientes que habían apoyado a Cárdenas en Veracruz, [y que] cuando el líder michoacano quiso contener, más adelante, el río revuelto en que pescaban propietarios como Manuel Parra, no existía ya una fuerza social efectiva en la cual apoyar la intención: había sido destrozada en 1933.

Fuerzas y grupos revolucionarios habían destrozado —lo cual resulta paradójico— las bases campesinas que podían haber dado sus-

tento a sus políticas agraristas en aras de la sujeción de los procesos sociales a líneas y fórmulas institucionalizadas. Con ello se habían destruido los muros de contención contra políticas conservadoras y terroristas, como la de Parra en el municipio de Naolinco.

Pero Antonio Santoyo, cuyo interés historiográfico se centra en el papel de las historias regionales, múltiples y específicas en la formación del Estado mexicano posrevolucionario, también nos lleva a recorrer los caminos de la propiedad agraria, de sus formas de tenencia y de trabajo. Es, desde luego, la hacienda de Almolonga a la que recurre para analizar las formas de propiedad y de labor en las haciendas del porfiriato y, en muchos casos, hasta la aparición de las políticas agraristas de los años veinte.

Apoyado en algunos textos ya clásicos sobre las movilizaciones agraristas veracruzanas, como *Movilización campesina en Veracruz (1920-1938)* de Heather Fowler Salamini y *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)* de Romana Falcón, el autor recurre a fuentes de archivos personales, así como municipales y ejidales, que le permiten una mirada cercana y minuciosa a los problemas agrarios. Pero es el uso de fuentes orales, de las entrevistas realizadas a los actores y testigos de muchos episodios del proceso lo que le da a su libro sobre, “la Mano Negra” un sello particular, cualidad propia de historia viva que encierran los asuntos agrarios en nuestro país.

La reflexión aparentemente localista y menuda en torno a Almolonga y a Manuel Parra sirve a Santoyo como pretexto para extraer conclusiones sobre el agrarismo en México y los vericuetos de sus opositores para poder enfrentarlo y sobrevivir.